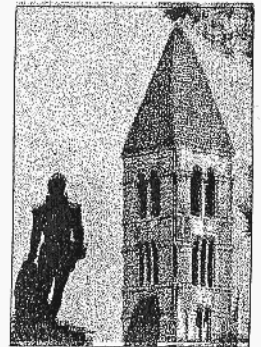


Imagen de una de las salas del recién inaugurado Museo Patio Herreriano de Valladolid, que alberga una de las mejores colecciones de escultura contemporánea. / FOTO: CARLOS ARRANZ



Cervantes se embelesa con la torre de la Antigua.

La Corte de los catarros

Histórica, industrial, universitaria, comercial, militar, arzobispal, administrativa, vinícola y triguera, Valladolid ha ido engullendo fábricas, funcionarios y políticos autonómicos, cuarteles, bonetes, prósperos bodegueros y agricultores jubilados con el mismo desparpajo con el que se deshizo de centenares de palacios, sin que el resultado de la digestión haya sido la equilibrada placidez de la diversidad.

Al contrario, la estampa que Valladolid ofrece desde la peana de sus cerros colindantes es la de un desafinado barullo. Pero luego el trasiego por sus calles sorprende gratamente, a pesar de los reiterados denuestos sobre el carácter altivo de sus gentes. «La gente de Valladolid, por medio cortésana, es soberbia y de mucha presunción», advirtió un clásico del Siglo de Oro, después de soportar los rigores climáticos de la corte de los catarros.

Así la bautizó Quevedo, cabreado por la caprichosa, efímera y costosa mudanza del trono a Valladolid. El traslado de toda la escenografía barroca de la corte de Felipe III a Valladolid, el 10 de enero de 1601, supuso el trasvase de más de 50.000 habitantes de Madrid a Valladolid. Semejante avalancha dio pie a un grandioso pelotazo inmobiliario de su impulsor, el duque de Lerma, y al cabreo ineluctable de la tropa de escritores y artistas tiralevistas que seguían los pasos de sus mecenas.

Mejor no recordar las chanzas venenosas de Góngora y quedarnos con las nobles referencias de Cervantes, que también aquí pasó por presidio a cuento de una historia de sangre y adulterio que saltó su casa. Fueron cinco años sembrados de recepciones, banquetes, saraos, cañas, espectáculos de toros despenados en el Pisuergra y cacerías en los espacios de diversión creados por la corte, como los jardines del Espolón, el Prado de la Magdalena o la Huerta del Rey. «De Valladolid la rica, / arrepentido de verla, / la más sonada del mundo / por romadizos que engendrar», escribió Quevedo O sea, por los catarros. De toda aquella excitación en palacios y riberas nos queda la crónica irreverente y un punto latosa del portugués Pinheiro da Veiga.

Valladolid descubre su talla cultural

El viajero que se asome a Valladolid buscando la silueta de su renombre histórico puede recaer en la perplejidad de Góngora: «¿Vos sois Valladolid?». Pero la capital autonómica es una ciudad que recupera su pujanza y su porte.

ERNESTO ESCAPA

Ya no es para nada cierta la imagen de hace tan sólo unos pocos años, cuando el escritor Francisco Umbral la describió como «un viejo galcón desguzado entre fábricas». Los sucesivos gobiernos municipales de la democracia han conseguido reparar en lo posible las heridas del desarrollismo incontrolado.

Sin embargo, el paseante por sus calles no puede evitar la sensación de que los espacios del casco histórico e incluso los monumentos singulares que sobrevivieron a la voracidad de la ballena son como aislados Jonás a los que la suerte salvó de la ferocidad de los demribos. Todavía en la actualidad la imagen urbana de Valladolid es la de un mosaico descabalado cuyas teselas hubieran sido aventadas a tonos y a locas.

A pesar de contar con algunos de los ejemplos más notables del arte español enmarcado entre el gótico tardío y el neoclasicismo, donde mejor se percibe la relevancia histórica de Valladolid es en el recorrido de sus museos. La pérdida de la corte y el degüello a la ciudad durante la posguerra convierten los itinerarios urbanos en una salpicadura de frustraciones, con enclaves y proyectos truncados y otros desajustados violentamente del paisaje por la voracidad de los

demribos. En Valladolid se hace preciso el callejeo atento, avisado y dispuesto a la sorpresa, porque el afán devorador del desarrollismo franquista dejó la ciudad imposible para el recorrido monumental sin sobresaltos. Por eso la colección de museos supone un contrapunto para captar el discurso de un esplendor vencido por los malos tratos.

La plaza Mayor, con el conde Ansúrez alzado en su pedestal, es el rompeolas de los flujos peatonales de la ciudad, aunque guarda un atisbo de su condición de espacio fundacional del clasicismo español.

El ayuntamiento finisecular y los soportales le dan ese aire de estancia decimonónica, quebrada en su placidez por las travesías rodadas y la máscara bermellona de sus edificios. En las traseras del Ayuntamiento el edificio de Correos muestra el mezzuino casquete de su planta superior y asoma el lierzo de San Benito con el pórtico desmochado de su iglesia, mientras San Agustín ventila sus ruinas clasicistas hacia el espolón de las Moreras ante el asombro del nuevo y magnífico museo de arte contemporáneo que se abre en las traseras del monasterio. La callejuela de Santo Domingo conserva en su trazado un par de conventos y un sabor que la convierte en uno de los pasadizos más entrañables de la vieja ciudad.

En la calle de San Ignacio sobrevivió un conjunto palaciego y conventual, junto al viejo coso taurino de 1837. No ocurrió lo mismo en la vecina plaza de San Miguel, que Umbral evoca «perfecta, como una nueva invocación de la rueda». El palacio de Fabio Nelli alberga el Museo de Valladolid, mientras la fachada del palacio de los Valverde exhibe las acarameladas figuras de la marquesa y su derretido paje.

Por Santa Brígida, donde se rehabilitó el palacio de Butrón, que ocupan los de Patrimonio, y sigue pendiente el uso civil de la iglesia, se accede a la plaza de San Pablo, que alinea en

DATOS DE INTERÉS

Visitar. Dos enclaves turbanos merecen un alto en el quebrío por Valladolid: el Pasaje Gutiérrez, una galería comercial de 1886 que pasa del rescate al abandono sin una muestra municipal, y el Campo Grande, un parque decimonónico con atmósfera de jardín inglés. Capitulo aparte son los museos, que son tantos como desiguales: Nacional de Escultura (983 250 375), Patio Herreriano (983 362 908), Museo de Valladolid (983 351 389), diocesano (983 304 362), Oriental (983 306 800), Casa de Cervantes (983 308 810) San Joaquín y Santa Ana (983 357 672) y Santa Isabel (983 352 189).

Comer. La condición de capital autonómica ha multiplicado la oferta y a veces los precios de la restauración en Valladolid. Una singularidad de aquí son las bodegas de su entorno. Destaca, sobre todas, El Yugo de Castilla (983 552 075).



en Boecillo. Santi (983 339 355) y La Parrilla de San Lorenzo (983 335 088) ambientan la calidad de sus guisos y asados en recintos monumentales. La cocina de autor tiene una cita con orzantías en Josey Alberto (983 370 404). También Don Barbalao (983 343 937). Entre 21.04 y 27.05 e-

tomo a Felipe II el palacio real militarizado, el de los Pimentel, el instituto Zorrilla y el alarde iconográfico de la fachada de San Pablo.

En el zaguán del palacio de los Pimentel una colección de azulejos realza los episodios más notables de la historia local. San Pablo forma conjunto con San Gregorio, que fue foro de importantes debates teológicos y ahora es sede del Museo Nacional de Escultura. El museo, que está en obras de ampliación, recoge en sus salas el legado esencial de la escultura renacentista y barroca en una secuencia que conduce desde el equilibrio trágico de Berruguete al manierismo genial de Gregorio Fernández, pasando por el dulce reposo de Juni, en un ámbito arquitectónico privilegiado.

La torre de la Antigua es el símbolo de la ciudad, que tiene su catedral Zorrilla y la iglesia de la Antigua abre su pórtico sombrío al norte, rareza que se hace más señalada por estar en una calle llamada con razón de la Solana. A los jardines de la Antigua asoma la cúpula de la iglesia penitenc-

cial de las Angustias, que hace frente al remozado teatro Calderón, sede de la Semana de Cine y albergue de tantas expectativas culturales de la ciudad. La catedral herreniana se quedó truncada en el cruceo y sin sus cuatro torres angulares. En la plaza de la Universidad luce la fachada barroca de los Tomé, las ruinas de la vieja colegiata y un Cervantes solitario y triste.

El palacio renacentista de Santa Cruz guarda un buen patio, aulas con historia y una riquísima biblioteca, cuya joya es el beato de Valcabado. Hasta el Campo Grande se llega por el itinerario averiado de López Gómez y de la plaza de España, que desembocan en Miguel Iscar y Gamazo.

Al Campo Grande asoman San Juan de Letrán y los Filipinos, con su museo Oriental, el monumento habanero a Colón y la mejor arquitectura contemporánea de la ciudad. La calle Santiago guarda la sorpresa del claustro de las Francesas. En la plaza de Santa Ana la cúpula de Sabatini cobija varios lienzos de Goya y de Bayeu en los retablos de la iglesia neoclásica.